

Sueños

Mangels García Aranda

Image not found.

Capítulo 1

Aquellos días estaba muy asustada. Temblaba con sólo pensar que en unos días me llamarían para mi trasplante de médula. Para bien o para mal, las veces que me han llamado del hospital ha sido en horario de mañana, así que hasta que no pasaban las tres de la tarde no respiraba tranquila. Tenía la creencia de que si no me habían llamado a esa hora, ya no lo harían durante el resto del día. Manías mentales que una se crea con tal de buscar consuelo donde no lo hay.

Y en uno de esos días me desperté con un sabor de boca extraño, todo por un sueño. No era una pesadilla ni un sueño desagradable o sangriento como había ocurrido otras veces. No me desperté sobresaltada ni asustada. Era una sensación de tristeza rara. Pero una tristeza rara tan fuerte que, habiendo pasado más de 8 meses desde que lo tuve, sigo recordándolo a la perfección:

Recuerdo estar en una fiesta dentro de un almacén con las paredes de ladrillo y cemento, bebiendo cerveza y calimocho. Había mucha gente, y yo me sentía desubicada y sola. Muy sola. Tenía la sensación de estar fuera de lugar, de no encontrarme cómoda pese a que aparentemente todo estaba bien.

Mis amigas parecían haberse dado cuenta de que no disfrutaba de la fiesta como ellas y me preguntaban: "¿Qué te pasa?"

Yo me había visto reflejada en un espejo de la sala, con un abrigo rojo que solía llevar hace tiempo, y el pelo largo y rizado. Entonces descubrí, dentro de mi ensoñación, que estaba soñando.

Me preguntaban que qué me pasaba. Y no era un "qué te pasa" más. Era un qué te pasa de esos en los que quien lo pregunta sabe perfectamente lo que te ocurre, y sólo espera que tú se lo confirmes. No era un qué te pasa de esos de "me acabo de dar cuenta de que pasa algo", sino un qué te pasa de "llevo tiempo observándote y creo que necesitas hablar". Un qué te pasa que invitaba al desahogo, quizás el qué te pasa con mayor poder de empatía que me han lanzado nunca. Un qué te pasa que te borra la sonrisa que le acabas de dibujar a tu máscara para romper a llorar en ese mismo momento.

Y yo, que me acababa de ver en el espejo y acababa de descubrir que estaba soñando, dije:

- "Me pasa que estoy soñando y sé que esto no es real. Y lo sé porque ayer tenía el pelo así de corto (señalando la longitud de mi pelo con mis dedos índice y pulgar, que no se separaban más de un centímetro), y

justo esta noche lo llevo por media espalda".

Ellas me decían que estaba equivocada y que había bebido más de la cuenta. Que no era verdad que estuviera soñando. Pero yo me reiteraba en lo mismo.

Sabía que todo era un sueño, me sentía totalmente consciente de que así era, pero en el fondo tenía una pequeña esperanza de que fuese real, de que todo estaba ya bien... o que simplemente nada había ocurrido... o que había pasado el tiempo suficiente para que el pelo me hubiera crecido tanto.

Y quise, retorcida mente la mía, intentar abrir un camino entre el mundo real y el de los sueños. Si todo era real y estaba equivocada, me encargaría de dejarme un mensaje a mí misma en algún lugar, convencida de que, despertara o no, podría verlo, en un intento de convencerme de que todo era cierto. Y así lo hice. En un trozo de cemento de la pared, grabé un mensaje dirigido a mí misma, en el que dejaba constancia de la borrachera que llevaba y que tenía el pelo muy largo. Lo firmé y escribí la fecha.

Lo siguiente que recuerdo fue entrar en casa de mis padres, probablemente acompañada de mis amigas por mi estado de embriaguez. Tenía la sensación de haberla liado mucho, y tras entrar en mi habitación, mi madre se sentó enfrente mía y me dijo:

- "¿Qué te pasa?"

- "Otra vez...Me pasa que estoy soñando, mamá. Que ayer tenía el pelo muy cortito y hoy mira qué mechones más largos tengo."

En ese momento cogí un mechón de mi pelo, que era tan largo que lo pasé por enfrente de mi cara con los dedos.

Mi madre me miró fijamente, se acercó a mí y me dijo con tristeza:

- "No hay ningún mechón, M. Ángeles."

Y justo en ese momento, tras pronunciar esas palabras, el mechón se difuminó delante de mis ojos, desapareciendo entre mis dedos. Como si la versión de mi madre fuese el detonante de que viera la verdad ante mis ojos, después de que mis amigas intentasen convencerme de lo contrario.

El mechón desapareció en ese momento y yo desperté de inmediato.

Me desperté y me toqué la cabeza, comprobando, efectivamente, que la longitud de mi cabello no era mayor a un centímetro, que lo tenía muy

cortito y que no había bebido nada. Que no había dejado grabado ningún mensaje en ninguna fiesta, pero que estaba totalmente en lo cierto. No me equivocaba y sabía perfectamente que estaba soñando. Yo tenía razón. Pero cómo duele tener la razón a veces.

Desperté y sentí una tristeza enorme. Tristeza y miedo por lo que aún me quedaba por pasar. Por todas las mañanas que me iba a tocar la cabeza y no iba a tener pelo, por todas las veces que soñé que lo tenía largo, para despertar después y comprobar que en mi cabeza no había nada más que tormentos y demonios que me recordaban una y otra vez lo que me estaba pasando.

Hoy puedo hablar en pasado, y aunque no sea muy lejano, tengo bastante pelo. No es tan largo como en aquel sueño, pero tengo rizos abundantes y frondosos.

El otro día, casualmente, soñé que me podía hacer una coleta, cuando desperté y me dí cuenta de que aún no puedo hacerme una. Me sentí algo triste y desubicada, como en aquella fiesta en el sueño. Quizás porque tengo esa misma sensación, tengo la necesidad de escribirlo. Porque ando triste y perdida. Porque hace tiempo me ponía un abrigo rojo para salir, y ahora no hay abrigo rojo ni melena por la espalda. Pero aun así tengo pelo, y aunque no lo tenga aún igual de largo que antes, me alivia saber que entre un sueño y otro no soy la misma...o mis demonios no son tan grandes como aquel entonces.